

Resumiremos en pocas líneas ahora, lo que Napoleón hizo en Italia, dejando á Lanfrey.

Visitó á Milán, Turín y Venecia, siendo en todas partes acogido con gran entusiasmo, y para dar cuerpo á la idea del pretendido reino italiano que tanto hacía en su favor, adoptó solemnemente al príncipe Eugenio. Esta era la prenda que de la futura independencia del reino de Italia, daba á los patriotas el emperador de reformas políticas, salvo la creación de un *Senado consultivo*.

Pero como Napoleón por su temperamento irascible era incapaz de aprovecharse de falta alguna de sus enemigos, á la que cometió Inglaterra mandan-

do que todos los buques que hicieran el comercio con Francia ó sus aliados, hicieran previamente escala en Inglaterra, en donde debían pagar una tasa, lo que Inglaterra podía exigir por la fuerza, pero que había de irritar al mundo entero, siendo para ella causa de disgustos, contestó Napoleón desde Milán con un decreto, declarando «buena presa» todo buque que se sometiera, no ya á la orden dicha del almirantazgo inglés de 11 de Noviembre de 1807, sino á la visita en plena mar por los buques ingleses de guerra que era imposible de evitar. Así acabó por sobrepujar á Inglaterra, que se apresuró á retirar su orden, dejando á Napoleón en descubierto.



## CAPITULO XV

### GUERRA DE ESPAÑA

Entran en España Moncey, Duhesme y Darnagnac.—Ocupase á traición Pamplona.—Fuerzas francesas en España.—Entrá Bessieres y la guardia imperial.—Nuevos armamentos de Napoleón.—Cómo se legitimaban.—Situación y fuerzas del ejército español.—Angustias del gobierno español.—Ordena á los capitanes generales que reciban bien á las tropas.—Actitud de Napoleón.—Situación de Izquierdo.—Avisa al gobierno español.—Murat general en jefe del ejército de España.—Sus instrucciones.—Esperanzas y pretensiones de Murat.—Marcha Murat sobre Madrid: 1.º de Marzo de 1808.—Nuevas instrucciones de Napoleón.—Agítase en España el espíritu público.—Falsas explicaciones de Godoy.—Cómo se engañaba todo el mundo.—Godoy acaba por comprender el intento de Napoleón.—Resuélvase la fuga de la corte á Sevilla.—Disposiciones.—Situación de Fernando.—Se equivoca sobre la significación de la fuga.—Divúlgase en Madrid.—Sale la multitud para Aranjuez.—Motín de Aranjuez.—El 17 de Marzo.—Asáltase la casa de Godoy.—Saquéanla.—Destitución de Godoy.—Prisión de Godoy.—Indignación popular: motín del 19 de Marzo.—Asístase Carlos IV y resuelve abdicar.—Abdicación de Carlos IV.—Entusiasmo con que es acogida en Aranjuez y Madrid.—Proclamación de Fernando VII.—La reina de Etruria pide á Murat que proteja á sus padres y á Godoy.—Carta indigna de Maria Luisa á Murat: 22 de Marzo.—Habilidad política de Murat.—Obtiene de Carlos IV una protesta contra su abdicación.—Procura Murat tranquilizar al pueblo madrileño.—Recibe entusiastamente á los franceses.—Conoce Napoleón el motín de Aranjuez.—Colócase en situación expectante.—Ofrece á su hermano Luis la corona de España: 27 de Marzo de 1808.—Aprueba la conducta de Murat.—Niégase á reconocer á Fernando VII.—Ordena que los reyes y Godoy vayan á Bayona.—Falsedades póstumas de Napoleón para atribuir á otros la guerra de España.—Acércase Napoleón á España.—Envía á Madrid á Savary.—Falsedades póstumas de Savary.—Su misión no era otra que la de engañar á Fernando para que fuera á Bayona.—Toma Savary la dirección de los negocios políticos.—Carta de Napoleón á Murat para que Fernando VII no se escape y vaya á Bayona: 9 de Abril de 1808.—Nuevas é interesantes cartas en las que revela Napoleón su pensamiento: 10 y 12 de Abril.—Sale Fernando con Savary al encuentro de Napoleón creyéndole que está en Burgos: 10 de Abril.—Cómo se decidió el viaje.—Actitud de los pueblos al pasar Fernando.—Espanto de éste por no encontrar á Napoleón en Burgos.—Niégase á continuar adelante al llegar á Vitoria.—Corre Savary al encuentro de Napoleón.—Nuevos engaños de éste.—Amonesta el pueblo de Vitoria á Fernando para que no vaya á Bayona.—Actitud de Urquijo.—Propone el duque de Mahon al rey fugarse á Bilbao.—Resuélvase la partida.—Opónese el pueblo de Vitoria.—Declárale Fernando VII que su voluntad es partir.—Atraviesa la frontera: 20 de Abril.—Sabe camino de Bayona la actitud de Napoleón.—Llega á Bayona: su alojamiento.—Visita de Napoleón: invítale á comer.—Retírase Fernando á su alojamiento.—Acompáñale Savary quien le comunica que Napoleón ha declarado que los borbones habían acabado de reinan en España.—Entrevista de Napoleón y Escoiquiz.—Quiere que el canónigo arranque á Fernando VII su abdicación.—Ofrece á Fernando el reino de Etruria.—Niégase Fernando á abdicar.—Sale Godoy para Bayona.—Públicase en Madrid la protesta de Carlos IV.—Marcha de Carlos IV y su esposa á Bayona.—Gana Napoleón á Godoy.—Cómo juzgaba Napoleón á los borbones españoles: 1.º de Mayo.—Entrevista de la familia real delante de Napoleón: reconvencciones.—Quiere Fernando abdicar delante las cortes.—Exige Carlos IV á Fernando VII su abdicación: 2 de Mayo.—Nombra á Murat lugarteniente del reino.—Madrid: el 2 de Mayo.—Cómo se fué preparando.—Salida de los infantes.—Asesinatos.—Insurrección popular.—Daoiz y Velarde.—Matanzas.—Traición de Murat.—Fusilamientos.—Ofrece Napoleón á Murat el trono de Nápoles.—Disgusto y enfermedad de Murat al verse engañado: 2 de Mayo.—Acusa Carlos IV á Fernando VII de ser el responsable de la insurrección de Madrid.—Amenázale Napoleón.—Miedo de Fernando VII: su abdicación.—Abdicación de Carlos IV.—Lo que se les dió en compensación.—Resignación de Carlos IV.—Reserva de Fernando.—Lo envía Napoleón á Talleyrand para que lo distraiga.—Quiere que se le rodee de amigos.—Si Talleyrand ofendido se declaró enemigo irreconciliable de Napoleón.—Cree Napoleón haber triunfado de la resistencia de España.



En el interior las tropas francesas continuaban entrando en España, como si la frontera no hubiese jamás existido. Después de Dupont llegó Moncey con 30.000 hombres;

después de Moncey apareció Duhesme en los Pirineos orientales, marchando de Perpiñán á Barcelona, marcha difícil de explicar por la necesidad de cubrir el ejército de Portugal. Al mismo tiempo

avanzaba por el otro extremo de la cadena pirenaica otra división conducida por Darmagnac y dirigida de Saint-Jean-Pie-de-Port sobre Pamplona. Esta división, según orden de Napoleón a su ministro de la Guerra, Clarke, de 28 de Enero de 1808, debía «como si no hiciese nada» ocupar la ciudadela de Pamplona y sus fortificaciones.

Moncey debía salir de Vitoria para Burgos y sus instrucciones le prevenían que debía extenderse lo más posible por el país con el pretexto de no hacerle sufrir.

El número total de tropas francesas que hasta este momento habían penetrado en España, descontado el cuerpo de Junot, era de 80.000 hombres. Napoleón comprendía que esto no le bastaba y por esto aceleraba cuanto podía el envío de cuerpos escogidos a los Pirineos, incluso su guardia mandada por Bessieres.

Como este movimiento de tropas dejaba grandes huecos en Alemania, y como por otra parte no quería llamar a Francia el ejército que la ocupaba, hizo un llamamiento anticipado a la quinta de 1809, que el complaciente Senado votó como de costumbre. Además obligaba a que todo el mundo se armase a su alrededor. Así pretendía que Jerónimo de su pequeño reino de Westphalia sacase 40.000 hombres sobre 2.000.000 de habitantes. «Tengo ochocientos mil hombres sobre las armas, le escribía el 30 de Enero de 1808, y acabo de levantar 80.000 más.»

Un informe de Champagny, inserto en el *Moniteur* con fecha del 24 de Enero, explicaba todas esas quintas y todo ese movimiento de tropas por la necesidad de defender la Península contra los supuestos desembarcos proyectados por los ingleses en las cercanías de Cádiz. ¡Solicitud bien meritoria si se había de juzgar de ella por el número de soldados que desplegaba! El informe de Champagny terminaba con esas palabras fatídicas: «Toda la Península merece, pues, fijar la atención de V. M.»

El ejército español estaba diseminado en Hamburgo, en parte en Portugal en donde Junot tenía orden de seguirlo y no dejarlo salir, en parte, en fin, en las costas meridionales en donde se le había enviado a petición de Napoleón para rechazar el pretendido desembarco de los ingleses. Lo que quedaba, de esta suerte reducido, no podía siquiera hacer frente a una de las divisiones francesas. Por otra parte, ¿cómo recibir con las armas en la mano a soldados que se presentaban como aliados, como hermanos? En una situación tal, lo mejor, según los consejeros de la corte, era esperar a que se hicieran

más claras las intenciones del emperador. Después de todo tal vez serían menos siniestras de lo que se decía. ¿Podían admitir que fuese bastante pérfido para querer derrocar a un soberano que le había dado tantas pruebas de amistad y de confianza?...

Ordenóse, pues, a los capitanes generales de las diversas provincias, que hiciesen a las tropas francesas el recibimiento más amistoso. De esto se aprovechaban para apoderarse en todas partes de los castillos y ciudadelas que estaban a su mano. Darmagnac en Pamplona, Duhesme en Barcelona y Figueras, más tarde el mismo Murat en San Sebastián, obrando la mayor parte contra su corazón, pero obligados a conformarse a sus instrucciones, pusieron en obra las más vergonzosas supercherías para apoderarse a traición de las plazas que no habrían podido tomar por la fuerza. Esos actos, sobre cuyo sentido era imposible equivocarse, principiaron para llenar de espanto la alma del rey, de la reina y del favorito. Hasta aquí Napoleón había mezclado tantas demostraciones de amistad con las medidas más amenazadoras que la vacilación era permitida a espíritus cegados por una credulidad interesada. ¿Acaso no acababa de enviar en presente al rey y al favorito catorce magníficos caballos escogidos de sus caballerizas?...

A la intimidación producida por la conducta de sus tropas, añadía ahora las amenazas de un lenguaje lleno de equívocos y cuya afectada oscuridad traicionaba, sin embargo, una sorda irritación. El pobre rey, a consecuencia de la carta en la cual había demostrado Napoleón tan pocas ganas de unir una princesa imperial con un hijo deshonorado, se había abstenido de insistir en su proposición. Napoleón iba ahora a hacer un crimen de su silencio. «Vuestra Majestad, le escribió el 25 de Febrero de 1808, me ha pedido la mano de una princesa francesa para el príncipe de Asturias. Contesté el 10 de Enero que consentía. Vuestra Majestad no me habla ya más de este enlace. Todo esto deja en la oscuridad muchos proyectos importantes interesantes para mis pueblos. Espero de su amistad que se me ilustrará en este punto.»

A la vez que buscaba querellas al rey tan increíbles como esta, hacía el rey el ofendido, expulsaba de París a Izquierdo, el negociador del tratado de Fontainebleau, no sin haberle hecho sugerir, por Duroc y Talleyrand, un nuevo proyecto de tratado, verdadero espantajo diplomático que imponía a España la cesión de las provincias del Ebro en cambio de Portugal y de la mano de una princesa francesa. Ese proyecto que ni por un solo instante se tomó

en serio, no tenía otro objeto que llevar al paroxismo la turbación y las perplejidades de la corte de Madrid. Esto se consiguió por completo, pues, Izquierdo, quien, desde hacía dos meses no sufría más que contrariedades y que había visto de cerca los preparativos dirigidos contra su país, no podía llevar a Madrid más que el espanto y la desesperación de que estaba lleno su corazón. En el momento mismo de su llegada fueron sus avisos confirmados por un acto que anunciaba que todas sus medidas preliminares iban, en fin, a recibir su complemento y que se iba a pasar del proyecto a la ejecución: este acto era el nombramiento de Murat para el mando en jefe del ejército de España.

Murat partía con instrucciones casi exclusivamente militares. Recomendábale Napoleón que mantuviera el mayor orden en su ejército, que se asegurase cuidadosamente sus comunicaciones, que hiciera ocupar todos los puestos importantes que dejase a sus espaldas; pero no le decía ni una palabra del objeto de la expedición reservándose hacérselas conocer al día. Murat debía evitar hasta nueva orden toda comunicación con la corte de España y no responder a sus preguntas más que con el silencio. A esto se limitaban sus instrucciones, pero Napoleón, que tenía necesidad en España de un lugarteniente cuyo celo fuera estimulado por pasiones un tanto más emprendedoras que las de la pura adhesión, sin comprometerse con Murat en nada formal, había hecho todo lo necesario para que su crédito cuñado se persuadiera de que se trataba de confiarle el trono de España... «Puede llegar tiempo, escribía a Jerónimo, en 30 de Enero, haciéndole esperar la adquisición del gran ducado de Berg, en que a Murat se le coloque en otra parte.» ¿Qué parte podía ser esta? Evidentemente no podía ser más que en España. Murat lo creyó como todo el círculo íntimo del emperador, y así desplegó durante su corta lugartenencia, una astucia profunda y una audacia sin escrúpulos que parecían poco compatibles con las facultades de su vanidosa y ligera alma, así no puede atribuirse más que a la sobreexcitación de una ambición que creía trabajar para sí misma. Murat andaba en este asunto tan engañado y equivocado como el embajador Beauharnais de quien se burlaba donosamente con sus amigos.

Murat entró en España en 1.º de Marzo y puso su cuartel general en Burgos. De allí marchó lentamente sobre Madrid por medio de un movimiento concéntrico. Dupont avanzó por Valladolid, Moncey por Aranda de modo que fuese éste el primero en llegar a la cresta de las montañas del Guadarrama

que dominan Madrid. Una vez Moncey hubiese desembocado más allá de Somosierra, Dupont debía avanzar con el grueso de sus fuerzas hasta Segovia, ó bien hasta San Ildefonso, a fin de encontrarse en situación de sostenerle.

Junot tenía orden de apoyar este movimiento poniéndose de Elvas en Badajoz en donde debía tener en jaque el cuerpo de Solano. Al mismo tiempo Beauharnais debía notificar al gobierno español la próxima llegada de dos divisiones francesas en marcha a Cádiz a la vez que debía difundir la noticia de que Napoleón no tardaría en atravesar la ciudad para ir a sitiar a Gibraltar y pasar a África. En fin, se le recomendaba, que tranquilizase a los partidarios del príncipe de la Paz lo mismo que a los del príncipe de Asturias, y alentarles para que fueran a Burgos al encuentro del paso del emperador. Esto era lo que Napoleón decía a Champagny en 9 de Marzo.

Napoleón por sus cartas del 14 y del 16 de Marzo, daba a Murat la orden formal no sólo de aproximarse a Madrid sino de entrar en la ciudad. Sin embargo, debía evitar con gran cuidado cometer acto alguno de hostilidad y continuar prodigando las seguridades pacíficas. Decíale Napoleón en 16 de Marzo: «Continuad teniendo para todos buenas palabras. Tranquilizad al rey, al príncipe de la Paz, al príncipe de Asturias y a la reina. Lo principal es llegar a Madrid, descansar allí las tropas y reponer vuestros víveres. Decid que yo voy a llegar a fin de conciliar y de arreglar los negocios.»

Pero si el emperador quería ante todo evitar una colisión con el pueblo español antes de hacerse dueño de todo el reino, no por esto quería dejar de asustar a la corte para desembarazarse de ella, y tanto contaba sobre los efectos que debía esperar de un temor tan natural, que había previsto ya el caso en que buscase un refugio en Sevilla, ó que huyera a Cádiz. Si se refugiaba en Sevilla, como esto no podía ser más que una cosa provisional, Murat tenía orden de dejarla allí tranquila, y hasta presentarle sus buenos sentimientos—23 de Marzo—a fin de aumentar su confusión y desconfianza por esta actitud tan evidentemente falsa y mentirosa; si iba hasta Cádiz, esto ya era una huida declarada, quedaba comprometida con la nación, y el almirante Rosily, que ocupaba dicho punto con su escuadra, tenía orden para detenerla en el momento de su embarque a fin de prevenir con esta medida la separación de las colonias españolas, consecuencia inevitable de la huida del rey a América.

A medida que iba cumpliéndose esta invasión sin